

Así es posible comprender que Camerina siguiera siendo niña, pensándola rodeada de personas que excluían toda relación viva y como tal, sujeta a las leyes del cambio. Ella rondaba los tulipanes y las latas de leche condensada y en "cierto modo creía que estaba contenta y cuando estás contenta, crees que eres feliz".

Después sucedió que Camerina se desligó de todos, murió Rodolfo Gris, murió su padre y Augusta permaneció en silencio. Con asombro, miró cambiar una ciudad, se fijó en que la criada que había entrado a servirlos de muchacha tenía nietos, que la hija de Augusta se había casado y... creció. A los setenta años se conmovió al espiar a dos hombres medio desnudos, despertó sexualmente y se enamoró.

Hasta aquí tal vez queda todo explicado si se frena la imaginación y no se piensa en una vida que durara siglos, con una madurez a los cien años y un declinar de cincuenta años más. Para eso estaba hecha Camerina y su tragedia podría decirse que no es su vejez ni su obesidad sino la brevedad de la vida humana, que se presenta como la verdadera contradicción.

Esto es justamente lo que coloca la novela de Sergio Galindo en el límite de lo real y la relaciona con lo fantástico. Real es la narración en todos sus detalles, en la objetividad de muchos recuerdos, pero el personaje queda prendido de una esfera que trasciende lo vivido y lo coloca en lo "por vivir".

Polvos de arroz es un libro que nos informa de la vida de una familia, figuran en ella los padres, los hijos y los nietos, todo ello con sensibilidad, con lógica, con técnica, pero su originalidad mayor es que deja planteada la existencia de una generación imposible en el tiempo y sólo imaginable por medio de la más contorsionada fantasía.

EL SOLITARIO ATLANTICO

El solitario Atlántico de Jorge López Páez, abarca un periodo de la vida de un niño, y escrita en primera persona, no tenemos más juicio que nos guíe a través de ella, que el de su protagonista.

Si dijéramos que el tratamiento es adecuado, que en verdad nos revela un mundo infantil, etc., diríamos muy poco: el autor está detrás del niño y es él quien nos ha hablado, la sensibilidad es suya, las vivencias acertadas y conmovedoras son suyas así como también lo es esa premeditación que compone lo que se llama el tema del libro y a la que hay que hacerle justicia.

No frecuentemente dentro de nuestra literatura, pero sí en las de otros países, encontramos al autor que escoge niños o adolescentes como personajes; entre estas novelas hay obras maestras, pero hay otras que pasan por ser buenos libros y en el fondo no son más que la alevosía de un autor que encuentra fácil atribuir a los niños una serie interminable de peculiaridades que por demás nunca resultan imposibles o del todo carentes de verdad, y que al fin nos deslumbra en las últimas páginas con la siguiente declaración: Ahora sí ya todo va a ser común y corriente, ya le hizo crisis la edad de la punzada...

El solitario Atlántico nada tiene que ver con esto. El primer lugar no es el paso de una etapa fisiológica a otra, en



segundo no es sólo la descripción de un carácter, sino la cuidadosa narración de un incidente que produce en el niño una consecuencia: el dolor.

El libro viene a ser la historia de la traición inconsciente y vagamente maliciosa de este niño Andrés, a su madre y a su hogar. Andrés inicia una amistad con la amante de su padre, la admira, frecuenta su casa, se deja divertir y mimar por ella, observando de reojo cambios de actitud en su padre y en su hermano pero sin caer en la cuenta de lo que ha hecho hasta que una compañera de juegos, le grita, llena de rabia, que él es un alcahuete.

Andrés que vive del miedo, que no quiere hablar del miedo porque le da miedo, no encuentra otra salida que sumergirse "como destino" en el solitario atlántico de su apartamento, de sus sueños de barcos, de mástiles, de velas, que serán en lo futuro no sólo el desahogo de imaginación sino una barrera infranqueable para separarse de los que le reprochan su pecado de distracción, de aturdimiento, de infantilismo dentro de la infancia. Ese solitario atlántico no es más que una negación, entendida como castigo, a vivir la realidad; la pérdida definitiva en un acéano como podría ser entrar en una cárcel o ser ejecutado.

El libro, por otra parte, goza de un ambiente privilegiado: están las fantasías de los barcos con las de los infiernos y los cielos, las del miedo con las de la victoria sobre el miedo, todas cercadas por una cadena de juegos que son fuente de infinitos placeres, abrir roperos viejos y ajenos, hacer diques de lodo, alzar cometas... Además intervienen con fuerza propia los pájaros, las plantas, los insectos hasta que empieza a palpar activamente un mundo de provincia con sus minucias, sus bellezas y sus absurdos.

Muy hermosa entre otras la escena del último capítulo en que Andrés y otros muchachos levantan las cometas y éstas empiezan a actuar como si tuvieran características propias, a ser altaneras, torpes, agresivas...

El solitario Atlántico está escrito en diez capítulos, con un lenguaje de fra-



ses cortas que a veces se llena de emociones que superan las palabras que las expresan: "Ellas eran las que habían estado más cerca de mí, ellas eran Martha y Araceli, ellas eran Araceli y Martha, ellas eran las amigas de Ana Luisa, ellas eran ellas. Ellas solamente eran ellas, las ellas de ellas, las únicas ellas."

Entre estos capítulos por lo general bien estructurados, sobresale el tercero, por la habilidad de su forma. Andrés nos cuenta su viaje a Veracruz y empieza describiéndonos el estado de ánimo de una muchacha, Ana Luisa, al regreso de dicho viaje. Luego, inocentemente, nos informa de los detalles lóbregos de su estancia y finalmente, con la misma inocencia, nos dice el motivo que tuvo Ana Luisa para enojarse con él cuando en el comedor, delante de todos y queriendo ocultar los fracasos del viaje, cuenta alegremente lo mucho que ella y él se divertieron y cómo fue que ella, excitada por los hombres del puerto, terminó haciéndole objeto a él de sus desatinadas caricias.

Este es el principio de su estado de traidor y aquí empiezan a fraguarse la soledad y la angustia que lo llevan a la traición mayor que es el tema del libro; lo curioso, lo extraordinario, es que dicho tema es indudablemente el tema de un libro con personajes adultos y le presta a *El solitario Atlántico* una calidad especial que logra levantar la narración por encima de las de su especie.

RUIZ DE ALARCÓN, *Comedias escogidas I y II*. Nuestros Clásicos. Imprenta Universitaria. México, 1958. 352 y 247 pp.

Con prólogo y notas bibliográficas de Agustín Millares Carlo, cuatro obras de Ruiz de Alarcón: *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*, en el tomo I; *Ganar amigos* y *La prueba de las promesas*, en el II. El prólogo incluye un breve esbozo biográfico y da cuenta justa y exacta de las peculiaridades de Ruiz de Alarcón como dramaturgo —penetración psicológica, intención moralista, crítica de costumbres— peculiaridades que lo separan de los demás autores del Siglo de Oro y le dan calidad de figura señera, dentro de él. Tanto la edición, como el prólogo y las notas, ejemplifican un trabajo editorial serio y cuidadoso.

J. O.

M. SCRIBEN, J. T. DAVIES, E. J. ÖPIK, G. J. WHITROW, R. SCHLEGEL, B. ABRA-MENKO, *La edad del universo*. Problemas científicos, II. Dirección general de publicaciones, UNAM, 1958, 130 pp.

El lector más a-científico —aun aquel que odia todo lo pragmático, lo técnico, lo tecnológico, lo experimental, lo racional, lo positivo— puede sacar provecho y dar hondo placer a su propia, estimada o subestimada, concepción de la realidad cultural, leyendo estos trabajos (contribución a la especulación de la cosmogonía —"mito racionalizado"—) limpiamente traducidos por Daisy Learn. Dará gusto a aquellos que se sienten hartos de nuestra tecni-atomizada civilización leer palabras tan nostálgicas como estas del Dr. Scriben (USA) —en su trabajo premiado por "The British Journal for the Philosophy of Science"—: *Lo úni-*